

ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LA AGORAFOBIA

*Jorge Silva García**

LA FOBIA o histeria de ansiedad es una neurosis caracterizada por la aparición brusca de angustia intensa cuando se es confrontado con un estímulo específico, que puede ser un objeto animado o inanimado, una situación o un ser humano. No hay angustia, o al menos no se es consciente de ella, cuando este estímulo, llamado objeto o situación fóbica, no está presente. La actitud típica del fóbico, tanto desde el punto de vista dinámico como de la conducta, es la evitación. Los enfermos, a la manera de los avestruces, evitan enfrentarse a la situación o el objeto fóbico y, como consecuencia, eluden los conflictos internos causantes de sus síntomas.

Tal vez la presentación de un caso de agorafobia nos aclare algunos de estos conflictos.

Sra. A. de A., de 37 años, casada. A su primera entrevista llegó acompañada de una sirvienta; en las subsecuentes su acompañante la esperaba en el automóvil. La paciente es de estatura media, morena, agraciada, ligeramente obesa y vestida con cierto descuido; su voz es suave y modulosa.

En la primera entrevista relató lo siguiente: "No puedo salir sola por temor a desmayarme, sentirme mal o enloquecer súbitamente, y que nadie se ocupe de mí. La sola idea de que ninguna persona me prestara ayuda me aterroriza, y es por ello que procuro salir acompañada, sea de mi hija menor, que tiene cuatro años, o de alguna otra persona. Habitualmente me acompaña mi sirvienta que ya tiene mucho tiempo a mi servicio. Mi mal comenzó hace ocho años, a raíz de un robo ocurrido en mi casa, estando sola con mis dos hijos (en aquel entonces). Mi esposo, obligado por su trabajo, a veces no dormía en casa."

Continúa refiriendo su terror al oír cuchicheos de los ladrones en el jardín de su casa y el pánico que sintió al pensar que se darían cuenta que se encontraba sola con sus dos hijos pequeños, sin teléfono e insegura de que los vecinos acudieran si pedía auxilio. Encendió las luces y los ladrones huyeron con los triciclos que sus hijos habían dejado olvidados en el jardín. Al día siguiente relató el episodio a su esposo, quien se limitó a regañarla. Dice que su esposo la quiere, pero nunca se siente apoyada por él; por el contrario, es ella quien generalmente lo apoya.

Todo lo narra llorando a ratos y se muestra sorprendida, pues dice que desde los seis años de edad dejó de llorar porque sus hermanas mayores se burlaban y le decían "Magdalena". Es la quinta de seis hijos, siendo el único varón, el último. Lloro nuevamente al decir que desde niña se sintió muy sola e incomprendida.

* Jefe de enseñanza del Instituto Mexicano de Psicoanálisis.

Nació en provincia y cuando tenía dos años de edad, su padre abandonó el hogar al fracasar en sus negocios; prometió regresar por la familia tan pronto se estableciera en otra ciudad, pero esto nunca ocurrió. Jamás les escribió, se limitaba a enviar cartas a sus propias hermanas quienes transmitían las noticias a su casa. Ella le escribió dos veces, a instancias de esas tías paternas, mas nunca recibió respuesta, y cuando dejó de escribir le dijeron que era mala hija. Contaba siete años cuando el padre vino de visita. Las hermanas mayores corrieron a abrazarlo y como ella no lo hizo, de nuevo se le dijo que era "mala", sin tomar en cuenta que para ella, él era un desconocido. Recién se fue el padre vivieron con las tías paternas, pero más tarde la madre rentó una casa y abrió una pensión. Por sus numerosos quehaceres no tuvo tiempo para ella, a la que consideraban mala por criticar la conducta de su madre, porque a su parecer pudo haber permanecido al lado de las tías paternas.

Ya cumplidos sus quince años, regresó su padre a la ciudad para vivir al lado de las tías y poco después, cuando su madre le negó a ella el permiso de ir a un baile, se fue a vivir con él. Al principio esto lo halagó y la llevó a comprarle ropa, pero pronto empezó a impedirle salir, porque él cortejaba a una mujer vecina. Un día, acompañada de una amiga, fue a verlo a su negocio para pedirle dinero y él la corrió. Se sintió humillada y nunca se lo perdonó. Ella siempre hacía alarde de su padre ante sus amigas relatando fantasías acerca de él, porque le dolía su abandono.

Regresó con su madre, quien sólo dijo: "ya experimentaste". A los pocos meses el padre nuevamente abandonó la ciudad; hace ocho años regresó, enfermo, y fue recogido por las hermanas y la madre de la paciente. Murió hace un año y ella no lo lloró.

A los 17 años tuvo un novio, Aarón. Era uno de los alumnos destacados de la Universidad, admirado y querido por todos. El suyo fue un noviazgo secreto, pues aunque salía con ella a todas partes, seguía frecuentando a otras muchachas a sabiendas de la paciente. Él se justificaba diciendo que más adelante se dedicaría solamente a ella. Tanto la madre como la hermana de él la querían y la siguen queriendo; hubiesen deseado que se casaran, pues ella era una fuerza estabilizadora en la vida de él. Al año de noviazgo él murió de neumonía; "yo le rogué que no saliera, pues estaba agripado, pero él dijo que era urgente y por culpa de esa mujer lo alcanzó el chubasco que motivó su muerte. Pocas veces iba conmigo a los bailes y fiestas, pero yo sabía que él tan sólo me quería a mí. Aún ahora, cuando voy a mi tierra, una fuerza extraña me atrae y voy al panteón a llevarle sus flores. Cómo me arrepiento de no haber sido más cariñosa con él y de no haberle dicho cuánto lo quería".

Siendo novia de Aarón, conoció a su esposo, y al año de muerto el novio, le propuso matrimonio. Por su trabajo él regresó al Distrito Federal y le escribía a diario, pero pasaron los meses y no conseguía el permiso para casarse. En una visita de ella al Distrito Federal y a punto de que lo enviaran a una sucursal de su compañía en la provincia, ella le pidió que la llevara consigo y él aceptó: "Allá él me depositó en casa de sus jefes y como yo tenía 22 años, nos pudimos casar."



“Antier soñé el casamiento de una muchacha mayor que yo. Yo la veía por un balcón, veía también su traje blanco aún colgado, y a sus damas, todas amigas mías, de mi tierra, pero aún eran jóvenes y sus vestidos eran alegres. Entraron a vestir a la novia y entonces yo me veía en el patio de una casa de arcos. Me asombraba porque todas ya estaban casadas. En ese momento se asomaron mis amigas y me dijeron: ‘Vas a ver quién sale.’ Vi salir a Aarón, con su traje azul marino y su camisa blanca, igual que antes. Pensé que no me iba a importar lo que dijeron ellas y corrí a su encuentro, pensando que ahora sí le diría todo. Temí que fuera un sueño; él me sonreía y me tendió las manos, pero antes que yo pudiera decirle lo que quería, desperté. En mi sueño, quería decirle que cuando fui su novia era muy inexperta, que él debió entenderme; quería decirle cuánto lo había amado y que nunca se lo confesé por pena. Hoy en día pienso que si amo, no tengo por qué no demostrarlo y soy cariñosa con mi esposo, con mis hijos, con mis amistades. Antes temía el ‘qué dirán’.”

El sueño representa un matrimonio ideal, tan diferente del suyo, oscurecido por la culpa de su fuga y el rechazo y odio de sus suegros. Además, es evidente que ella aún ama a Aarón, desearía confesárselo y se siente muy culpable de no haber tenido el valor de hacerlo. Tal vez piensa que si le hubiera dado su amor, abierta y espontáneamente, él no hubiera muerto. El hecho de que en el sueño ella no se dé cuenta de que él está muerto, enfatiza lo vívido de su cariño actual. Debe ser terrible para ella estar casada con un hombre a quien no quiere y a quien obligó a casarse, estando enamorada de Aarón.

Ya casados, el esposo temía comunicar la noticia a sus padres y en sus viajes a la capital, cada quince días, él se iba a casa de ellos, donde dormía, y la dejaba a ella en un hotel, sola. Varios meses después, ella le dijo que no soportaba esa vida y sólo entonces él confesó su boda a sus padres causando un enorme disgusto. Jamás la aceptaron y siempre la hicieron blanco de sus injurias, de su repudio grosero y de un trato humillante. El esposo siempre defendió a sus padres. Con ellos vivieron varios meses positivamente infernales para ella: de no hablarle, no comer con ella a menos que estuviera el esposo, procurar dejarle las sobras de la comida, etcétera. Salía su esposo los domingos con ellos y de vacaciones con ellos. Tanto la insultaron que decidió un día irse con su primer hijo, pero en ese momento llegó el esposo y la detuvo. A partir de entonces vivieron solos, aunque él seguía pasando los fines de semana de paseo con sus padres.

“Como a los ocho meses del robo, nació mi tercer hijo, al que no deseaba y había pensado abortar; pero me detuve, aunque seguía sin quererlo. El niño nació vivo, mas murió a los dos días y yo me sentí morir también. Pensé que Dios me castigaba por no haber deseado a mi hijo. Era rubio como su padre y al morir, me dijo mi suegra que ni eso sabía hacer bien. El niño nació cuatro días después de la muerte de mi suegro, muerte que me alegró pues pensé que esforzándome podría conquistar a mi suegra. Pero la suegra viuda, fue peor, ya que se sentía justificada en demandar mayores atenciones de su hijo.”

“Creo que yo ya me había sentido enferma antes de todo esto, pero ya no me acuerdo. Un día en la calle tuve miedo de desmayarme y sentí una angustia

terrible. Le pedí a un agente de tránsito que detuviese un taxi y regresé a casa. Seguí saliendo, pero las crisis se iban haciendo más y más frecuentes hasta que llegó el momento en que ya no podía salir sola de casa. Siento el temor de que algo me suceda en la calle y que a nadie le importe. Para qué pedir que me ayuden y para qué llorar, nadie iría a consolarme.”

Relata que de niña fue tartamuda, y a los 10 años de edad se puso a leer en voz alta a solas, hasta que logró dominarse. A los 19 años se graduó de maestra normalista y sus años más felices los pasó enseñando en una pequeña escuela. Quería mucho a los niños y éstos a ella; con frecuencia los llevaba de excursión y les preparaba tortas y les compraba refrescos porque los niños eran pobres (al hablar de este episodio su voz adquiere matices más suaves, cálidos y vibrantes y se le ilumina la cara). Habla también de su amor a los animales y se revela como una mujer alegre, vital, sincera, preocupada por la niñez y los problemas sociales; es religiosa, pero no fanática. “De recién casada no gozaba la relación sexual, pero poco tiempo después sí. Creo que es lo único en que satisfago a mi marido.”

De niña tuvo fantasías de no ser hija de sus padres y que llegaría un día en que sus verdaderos padres vendrían por ella: “Trataba de imaginarme por qué habrían tenido que dejarme en el seno de esa familia donde nadie me quería.”

“Anoche soñé que estaba en una casa muy grande. Allí estaban todos mis vecinos actuales. Dos de ellos forman un matrimonio que tiene a su cargo un hogar sustituto. La señora llegó con todas las niñas a desayunar, se sentaron y yo dije que después desayunaríamos la señora y yo. Les servimos atole y tamales y entretanto platicaba con la señora acerca de que las niñas le servían a ella de compañía y no constituían un problema para ella.”

El sueño muestra una crítica aún suave a sus padres, que la hicieron sentirse hija sustituta, sentimiento confirmado por su fantasía de la sesión anterior. Critica más específicamente a su madre, a la que ve como una persona que no se preocupó por ella, que la hizo sentirse mala por criticar a su padre desobligado y quien debió dar primacía a sus hijos, que “le servían de compañía y no constituían problema”.

A los cuatro meses de terapia, relató el siguiente sueño: “Soñé que era joven y vivía en mi ciudad natal. Estaba en una pieza que me era familiar, pero que no recuerdo. Llegó una amiga y me entregó un papel con un recado y una cita de un muchacho, profesionista y buen mozo, a quien yo conocía. En ese momento recordé que tenía otra cita con un desconocido, pero que en mi sueño lo sabía ya formal. Leí la nota en voz alta y comenté, riendo con mi amiga, ambas citas, externándole mi opinión acerca de los dos muchachos. Mi mamá, que se encontraba cerca, lo oyó todo, entró hecha una furia, me arrebató el papel antes de que yo pudiera evitarlo y me insultó diciendo que yo era una perdida por aceptar citas con dos muchachos, que eran borrachos, frívolos, etcétera, y que no me permitiría que yo saliese. Me quiso pegar, mas de repente la vi a ella en el suelo; la agarré entonces por los hombros y la sacudí fuertemente, al grado que veía su pelo danzar en torno a su cabeza y la mía. Tuve miedo de lo que hacía pues seguramente la voz de mi conciencia me hablaba y me decía que era mi madre y no debía tratarla así, pero en se-



guida oí una voz más poderosa que decía: 'Haces bien, sacúdela más fuerte, pégale, dile todo lo que quieras ya que, en todo caso, no ha sido una buena ni verdadera madre; ¿por qué has de ser tú una buena hija? Cuando oí esto volví la cara y vi a una de mis hermanas observar, entre burlona y feliz, la escena. Me dirigí a ella y le pregunté: '¿Qué opinas de esto?', a lo que ella nada respondió: Caminé entonces hacia la puerta y dije a mi madre: 'Nadie me podrá impedir que yo vaya a donde quiera; después me iré con mi esposo a la casa (en ese momento me acordé de él) y no volveré nunca jamás por aquí.' Al salir tropecé con mi hermana, la que me precede, y le pedí su opinión. Estuvo de acuerdo conmigo y yo le dije: 'Ya que por ello te consideran mala, cuenta conmigo, yo te daré mi protección.' La abracé y salimos juntas. Mi mamá trató de hablarme, sin rencor, como reconociendo sus errores y tratando de reconquistarme; me dio mucha pena, pero salí de todos modos."

El sueño expresa claramente sus conflictos: Ha hecho cita con dos hombres—Aarón y su esposo— pero escoge mal; amando a Aarón, se casó con su esposo. La madre la insulta acusándola de "perdida" por la inmoralidad de su doble vida. La paciente debe sentirse culpable de ello y pone los insultos en boca de su madre. La madre también odia al hombre y esto se lo inculcó a su hija; por ello nunca pudo testimoniarse su amor a Aarón abiertamente. El sueño resultó una revelación para ella; no es por temor al "qué dirán" por lo que no manifiesta su amor, es por sumisión a su madre, a quien teme y a quien odia; su madre que odia al amor además de al hombre. Estalla entonces todo su resentimiento y, cuando titubea, se siente apoyada por el terapeuta. Al final parece resignarse a su matrimonio.

Conscientemente vive su hostilidad y resentimiento, acepta que tiene razón en criticar la conducta inadecuada de sus padres y hermanas; comienza a observar y a criticar la conducta sumisa de su esposo para con su madre y principia a luchar abiertamente contra su suegra. Su fobia ha ido disminuyendo y ahora ya puede salir sola, manejando su automóvil a sitios conocidos, o caminando por las calles vecinas a su casa, siempre y sólo durante el día. Aún no va al centro de la ciudad sola. Ya duerme tranquila sin preocuparse de si está o no su esposo y el otro día, creyendo oír ruidos en la planta baja de su casa bajó a investigar y no sintió necesidad de encender las luces a pesar de que su marido no se encontraba en casa.

"He dejado de ir a visitar a mi suegra, y le dije que no iba, por ser ella tan grosera, y que además ya no le prestaría a su hijo los sábados, porque yo quería salir a pasear con él, y ella no me dijo nada." Busca también independizarse del terapeuta y encuentra más eficaz decidir por sí misma. A los ocho meses de terapia, la suspendió, y cuatro años después mantiene su mejoría.

Debo señalar que a pesar de buscar con insistencia la fantasía de prostitución que señala la literatura psicoanalítica freudiana, no la encontré en este caso clínico.

La agorafobia parece haber sido precipitada por cuatro sucesos, todos ellos ocurridos hace más o menos ocho años: el robo en su casa, estando la paciente sola con sus hijos, suceso que actualiza todo su desamparo y el desamor de su esposo.

Los tres restantes despiertan en ella intensos sentimientos de culpa: la muerte del suegro, de la que se alegra pero que la hace sentirse "mala" a pesar de que el señor le dio sobradas razones para que lo odiase; la muerte del hijo que pensó abortar y que representa su mayor carga de culpa, pues siente este evento como un castigo de Dios y, por último, el retorno del padre enfermo al seno del hogar familiar, por la indignación que a ella le produce la acogida de la que él fue objeto.

Estos sentimientos de culpa y su sensación de desamparo, así como el desamor de su esposo, reavivan la culpabilidad que siente por la muerte de Aarón. Pensó con frecuencia en cuál hubiera sido su vida con él, si le hubiese declarado su amor, conviviendo con la madre y la hermana de él que sí la querían y la siguen queriendo.

Cuando descubre en su sueño que por miedo a su madre no dio su amor a Aarón, y al descubrir también el odio de la madre al hombre, estalla su furia contenida y la zarandea violentamente. Al final del sueño se le plantea la solución que adopta: Sólo puede resignarse a sacar el mejor partido posible del matrimonio que realizó con un hombre al que no ama.

Queda pendiente una pregunta: "¿Por qué sigue enamorada de Aarón? Indudablemente influye su sentimiento de culpa por su muerte, pero también lo escoge como un símbolo de su amor, precisamente por que no es real y puede amarle en una forma romántica.

Es de pensarse que una persona, que como ella está tan intimidada aun por la madre, tal vez no lo hubiese podido amar realmente, si él hubiese vivido.

Cada fobia tiene como función proteger al sujeto de la angustia manifiesta. En la paciente, la angustia se expresa en su convencimiento de que si algo le pasara en la calle a nadie le importaría. Consecuentemente, ella evita afrontar su completo aislamiento, dejando de salir a la calle, pero su verdadero aislamiento es con los adultos con los que convive; es a ellos a quienes no les importa lo que a ella le pase. En realidad, durante la mayor parte de su vida, no ha habido a quien le importe lo que a ella le suceda; ha vivido sola sin el apoyo de su madre, ni el de sus hermanas, ni de las tías paternas y por supuesto sin el de su padre; ha vivido con el temor continuo a su madre quien le comunica desconfianza y resentimiento al hombre. Además, las personas de su ambiente no sólo la hacen sentirse sola, sino que también la hacen sentirse mala y a este sentimiento de culpa original viene a agregarse el sentimiento de culpa por la muerte de Aarón. En conclusión, las causas predisponentes a su agorafobia son su soledad, el miedo a su madre y sus sentimientos de culpa.

La cura parcial, al parecer, fue lograda al hacer consciente parte de su temor a su madre y a su suegra, quien vino a reforzar la influencia intimidante de la madre de la paciente. En este aspecto se sintió apoyada por el analista tal como se ve en el último sueño relatado.

Al resignarse a su matrimonio, reprime nuevamente el conflicto siempre presente entre su amor romántico por Aarón y el matrimonio sin amor que realizó.

